

GANGOTENA
TEMPESTAD
SECRETA



ABRIL **QUITO** **MCMXL**

Para tí, profundamente.

Para David García Bacca,
esta "desvergüenza".



Nota: Este ejemplar fue donado por el autor, Alfredo Gangotena a la Biblioteca Nacional, y entregado personalmente por el Profesor García Bacca.

TEMPESTAD SECRETA

Las razones de la vista: aparecen
consiguientes las llanuras, el cárcavo
de las selvas.

Encendidas aves, rompéd de vuelo
mis cristales;

Las consabidas alas de este mirar,



La luz naciente que en soledades lle-
vo a los más altos ayes,
Juntadas de vez segura ya en su co-
mún medida, en su cenit secreto.

Me devora, del espíritu, la absoluta
permanencia de estos polos.

Te escucho, como el ámbito a sí mis-
mo de los cielos,

Allá en cuantas las miradas, en el
golpe a ciegas de mi paso.

Sangre desnuda que vertiré en tu
flanco:

De ella mi sudor de angustia, de ce-
sación y noche.

Con el ceño adusto al trasluz de las
sienes,

Toda inquieta en cima de voces,

De pronto me acusas a deudas, a más
rehenes.

¿Habrá espacio de cabida
Junto al labio gota a gota de tus se-
nos?

¡Mente, de flores tan vacía!

Afuera el grito, los deleites;

A darte encuentro, las brisas relu-
cientes.

Me mantuve afuera, en suelo de leo-
nes:

Deseando el cumplimiento de tu sexo,
De cuanto jugo a altas horas de es-
te cuerpo seminal,

De cuanto crece en la pendiente.

Ya no miro. Me golpea la sangre de
los ojos.

En trances tales de denuedo como el
párpado de los héroes,

Ya no asiento el calcañar.

¡Oh vientre, oh boca en la frontera!
Pecho absoluto de mis ansias,
Me vacías, pecho mío, de substancia
y tiempo en derredor.
Y reparos, valladares y provincias
A cuanto supe desear.

¡Abridme! llevo el ala fatigada
De arrecios tantos, de espumas y de
celos.

Estoy de pena y resonancias,
Más aún: de gala y esponsales.

Os diré ayes como un latido de a-
guas.

Abrid las urnas, al conjuro de estas
lágrimas.

¡Oh vehemencias! mis venas agolpa-
das en su cúmulo.

¡Oh huésped mía de delicias:

De monte en valle, de noche en claro,
de tienda en tienda,

Cabe el temblor seminal de las rodillas,

Como el ámbar del estío en la cepa
de la vid,

Te acrecientas de presencia, —penetrante
y temblorosa de substancias
seculares!

Su contorno en mis sabores: ¿me
estuvo acaso, me está vedado?

Van mis órdenes: a su merced, la
hacienda.

¡Y jugos tales en mi cuerpo, de aquella
prenda oculta tan deseada!

Crecida noche, en su caudal de luna,
¡oh gargantas de blancura!



¡Ay! decidme cuanta savia de mi le-
cho.

Más adentro la pupila, las moradas,
cuanto lo escondido.

De vivas flores, en la cumbre, abierta
al calor de mis entrañas,

Ya podrá Ella entonces desnuda lue-
go palpitar.

¡De riberas adelante! ¿Dónde están
los montes, las otras potestades?

En tela de su dicha, ¿dónde cabe
más algo desear?

Ni seda otra, ni tal soporte.

Me conoces, me presentas en cam-
pos desatados.

¡Oh primicias de este único menester!

Mi frente airada, Amor, los ayes,
¡oh cuenca eterna de salivas!

De moradas me regalan.

**Y tu vientre abierto en mi pesadum-
bre de caricias.**

**El labio sumo mío cae de los siglos,
a tu boca concebida,**

A la herida declarada de tus senos!

Abrid de juntas, de par en par las
puertas,

Y las alas tiernas del encuentro, a-
bridlas!

De llegada me sorprenden tu latido,
Las urgencias consabidas de la noche.

!Oh mundo, cuán cargado está mi
pecho!

¡Ay! tan corto voy de brazos,

Corto y lento en poquedad de mis
primicias,

Poquedad de las miradas!

Ni lámparas en zaguanes,
Ni las flores en su asunto.
¡Qué ceñiglos, qué albañales!
Daos prisa de esponsales, dadme al
punto
Acicalada de umbrales la morada,
Las delicias de encontrarla
Toda adentro de jardines y rumores.

No hay pregón de luz que la com-
pare.
Ya se cumplen las edades.
En las huellas de su paso reverbe-
ran los leones;
Ya sus senos encendidos me circun-
dan de inmanencia.
¡Hereditad tan seca, oh tienda de de-
sierto!

Acudid, vosotros todos los del soto,
con palmeras y cristales,
Con la fiebre de los ojos y otras tan-
tas claridades.

Oh ímpetu total de ansias
En los senos temblorosos de la es-
pera!
Las manos agobiadas a expensas de
este peso duro de los montes.
Vedme el pecho jadeante,
Y la boca en su premura.
Cerrado bosque atiendé unánime al
son de mi llamada,
Como un solo golpe de alas.
El velamen se acrecienta
Y alza vuelos en mi sangre.
A sien de muros el cortinaje oscuro
de la estancia

Tal se empaña en los alientos
De un sudor sanguinolento.
Altas horas de este mundo,
Dadme aviso: ¿cuándo llega?
Vuestro péndulo mortal de movi-
miento
Únicamente late en la cavidad de
mis latidos.

Con rojo mirar de sentimiento,
A poco, la veréis:
Bajo el indijado manto de sus pár-
pados,
En la oculta transparencia de los
muros.

Dadme esfuerzo.
¡Ya en la sed de los ijares
Un derrame tan profundo

De estos senos!

Y aquel rayo de los altos,

Desnudo y devorante como el tiempo,
de parte en parte me atraviesa.

¿Perdí, en ascuas, cuanta imagen
de la vista?

Y las puentes alabadas;

Grandes plazas y caminos, los cerrojos;

En gonces de alas, las puertas entornadas.

¡Oh quejido de mis ansias!

¡Qué profundidad de soplo!

Adentro, tan adentro, me sorprendes,
me das caza.

El mundo está a la mira, la noche
en vela,

Y el espíritu

Desatado en los arrecios, Adorada,
de tu cuerpo.

¡Sobrada noche de cuita y menester!
¡Oh secretos esponsales de este sumo
conocer!

Ni la sal de mis heridas,

Ni entrañas estas como pulso de san-
gre de otras lágrimas,

Nada queda de poder si hoy aliño
mis enojos:

Abridme a vida las puertas, los
portales,

Cuantos lechos,

Los holanes!

¡Dadme aliento!

**Es de cena la holganza:
Ya en mi cauce, a grandes vasos,
Se desborda, a plena fuente,
Tan adentro,
La inaudita, deseada,
Sangre viva de la Amada.**

Soledad de luces, soledad de alientos.
tos.

¡Oh lágrimas me daís voces

De su presencia en solar de mis
adentros

Más remoto!

Arrobado en tales ansias,

Ora a vuelta de desmayos,

Ora en tela de lamentos,

Pasaré la noche en prenda

De soledad,

con el alma ahíta, a tientas,

Y cuántos golpes en busca del alivio!

Manos mías en el huerto,

Derramad las flores llenas,

Derramadlas

Y dad sustento

**a esta sien que pal-
pita en mi costado.**

La pasión que me desangra:

**Un tal querer enclavado en las en-
trañas.**

**Y los muslos entornados, derraman-
do de ellos su cabal fortuna.**

Desde el otero

**acudo al llano de tan-
tas bajas tierras escondidas.**

**Mas, ¿dónde están los senos que a-
petecen mis sentidos?**

¿Dónde el pecho de mi boca?

En sus altas horas,
y en el gozo, en
la cima de estambres y deleites,
Vino el Huésped.
Abrió cuentas,
Y a vuelta de sorpresas no pudo me-
nos que gritar,
A todo ámbito,
la voz de su desmayo,
Que gritar:
¡desolación, desolación!

Este cavilar nocturno.

Esta llaga atroz de su presencia,
abier-
ta en todo el rostro.

¡Soledad de luces, soledad de alien-
tos!

Ni siquiera en sombra sus miradas
me cubren ya.

Alimañas en mi senda.

¡Cuántos cuervos en la noche!

Atado al peso de lo oscuro, al clamor de mis entrañas,

Pronto dormiré mis sueños, bajo el sediento párpado de este insomnio.

¡Oh moradas de cal viva!

Allá vuelo en desatino,

Con toda la mirada en trances de soslayo,

arriba de estos grandes vuelos corporales.

Vino el Huésped,

Y desnudo me encontró:

Los oídos sin respuesta,

Tan reseco el albiar.

Desnudo de hambre, de venas y de espíritu.

Vino el Huésped, en sazón
De esperanzas y clamores,
Y único en las praderas de su huella,
no
pudo menos que se exclamar,
—Los ojos encendidos en la prenda
de sus ayes—,
A su vez que se exclamar:
¡desola-
ción, desolación!



Repitiendo, ora a cuantos muros,
Mis desmayos de lágrimas, de espe-
suras,
Con pupilas de mi sangre velaré
Tu noche, en prenda de soledades,
en paso de tormentas.
Con el alma ahíta,
A tientas,
Con voces en lo alto y la vendimia
adentro,
Toda en el lagar.

**Ni de siesta, ni de pan o adobada
colación**

**Y menos aún de vino me cabe el
menester.**

**Cuando las piernas tuyas entorna-
das,**

**cuando el cuadril arriba en la
cumbre desnudo se decide,**

**Derramando de él primicias conte-
nidas:**

A zaga, atónito, voy de tus enojos.

En el tu cuerpo te gritaré mis ansias,

**Porque a fuer de tal caída ni siquie-
ra entonces supisteme escuchar.**

**Desatado en la violencia y los arro-
jos**

De este caudal que me desangra:

¡Cuánta cosa he roto!

¡Cuántos golpes en busca del alivio!

A fuente,

¡Oh vida!, corres en las aguas tiernas
del encuentro.

Manos mías en el huerto, deshojad
las tantas flores llenas,

Deshojadlas en sustento de esta cre-
ciente sien que palpita en mi cos-
tado.

¡Con el ímpetu de morir,

Romped el canto de la anchura!

¡Oh vida,

Me retienes en cuarteles de cal vi-
va,

Cabe la morada que de pronto ase-
dias, y luego fortaleces!

Las fieras cruentas de Diciembre
Huyen trasijadas.

Al trasluz de arteros vientos reverberan los senos míos de la espera,
De ellos tal, ya del vientre y la jun-
ciana, se arranca un grito tal,

¿Cuál, decidme? ¿Y dónde están los
senos que apetecen mis sentidos?

Abridme, ¡oh puertas!, al jugo que
divierte,

Al goce, a zumos del ijar,

A la boca esta de su cuerpo, henchida
de salivas.

Tantas salas abultadas en los párpados,

Cuando el Huésped,

Con el ala turbulenta de los bosques,

Llegó airado en sumo enojo de las
frutas.

Majado el puño de la fuerza,

Tal vertiendo su esplendor de capi-
teles,

Con el mando enhiesto de miradas,
a solares acudió,

En praderas de su hacienda se ex-
tendió;

Y dando voces de amargura,

De heredades semejantes,

No pudo menos que se exclamar:
¡desolación, desolación!

Este cavilar

Nocturno.

¡Abridme el pecho! ¡Oh dolencias: su
epidermis tan de cerca ataviada en
mis contornos!

Con el párpado ensangrentado me
devuelvo a los lamentos de cuan-
tos mis deseos.

Desnudo, bajo el peso de tu inma-
nente corazón,

Desnudo, me devoran las fatídicas
sombras de los astros.

El Huésped recibiendo, ¿qué vida
lleva en telas de este mundo?,

¿Qué fuerza le retrae en la alta ceja
de su vuelo?

Los mares separados, sin dominio,
sin respuesta;

La lluvia golpeando, a noche llena,
los cerrojos;

El desmayo de este labio en las ta-
blas de la muerte,

Y la espesura ardiente del que llega.

Sopla un hálito de lúgubres espejos.

Manos de mi golpe,

¡Oh manos desteñidas, como un flujo de la mente!

¡Oh tierra abierta a más desastres!

Amada mía. Los ojos tan de lleno dados a la vista,

Tal de huestes y celadas compelido,

Tal el Huésped no pudo menos, del Cenobio

Y de mi labio conseguido ya en otras cuencas escondidas,

Que se exclamar a todo ámbito: ¡desolación, desolación!

Llama adentro, a merced de cimas
claras en tu vuelo,

Va mi sangre herida en busca de
una ala de frescura.

Implacable Esposa, ceñida llegas de
trofeos.

Con el pulso de la fiebre atraviesas
cal y canto;

Anhelante como el fondo de los ma-
res

Te acuestas en mi noche, en la hu-
medad de mis entrañas.

Tan duro de reflejos, el peso corpulento de la luna.

A crecientes de Diciembre se desata el viento cargado de un ave de los polos.

Tu voz perenne en el pecho de las flores,

No la acarician ya las altas brisas de rocío,

Mas el flujo pertinaz de aquellas ondas de belladona y de espesura.

¿Qué vigilancia me detuvo:

La sombra inerte de las armas;

Acaso un golpe de llamada;

La densidad de mi garganta?

Ya los bosques de la tierra se mecen apartados.

cuerpo para siempre en mis entrañas!

Me dejaste suspenso en ayes

De estas ansias, con los labios entornados.

¿Dónde habré de hallar contornos

Al propio pecho mío de tu presa, de tu vuelo?:

¿Perdido en la transparencia de mi retirada desnudez,

En la ajena noche,

Harta de vigiliass, de espesuras, cuanto más sobrada de banquetes?

Golpe, este golpe en las sienes, que la mente agrava,

A despecho de tus muros, ¿no lo escuchas,

De mi pupila dilatada?

Chorreando venas de lo alto, me ilumina Venus en el rostro mismo de tu sangre.

¡Oh pesada lejanía de los montes!

¡Oh labios tiernos de la cita!

¿Verá el suelo de estas lágrimas la presión

De tu inmarcesible cuerpo sobre el mío?

A tus recintos llegará, en potencias tuyas de la selva, el Esposo tras-humante.

¡Ay!, atada al grito de tu ardiente cabellera,

El alma atenta a mil sabores,
Donde te reclama su rojo espacio de
él, irás.

¿Quién soy yo de este mundo enton-
ces fuera de tu pecho?

Como el hambre, como el tiempo,
Los peldaños me conducen de caída.

Tan henchida de reflejos, de mira-
das;

Vuelos de brisa te sostienen;

Como la luna en holanes, tan cre-
ciente!

De inmanencia permaneces en el
centro mío de todo lo creado.

¡Oh premura devorante de tu boca,
de tu sexo, de los ayes, de lo eterno!

¡**O**h mundo concebido, la avenida
en los adentros!

Adelante bien me guardas en celadas.

Tan cercana y no me tocas,

Y tu frente, de su altura, como el alba;

Y más primicias se estremecen en la acidez de tus entrañas.

Ventanas perdurables: chorreando venas, me confundo con la espesa arcilla de la noche.

¡Oh Esposa mía, de soledad en soledad repercutes en mis golpes!

Los senos tuyos, leche adentro, tan cargados de mis labios, de mi prenda:

Me arrancas y me devuelves a esta plaza;

Me deshaces en sudores, años, mares y otros continentes.

¡Oh muerte fiera, oh golpe de ángeles!

Las bestias gimen, perseguidas;

El lobo, bajo el cierzo de la luna, se desangra a vista de sus ojos.

Tal me implicas, Adorada, en la absoluta permanencia de la Nada.

Ni la sed es cosa tanta.

Ni sudores de la mente me trasijan
de manera semejante.

¿Qué reposo habré de hallar en ca-
bidas de tu presa de este anhelan-
te cuerpo mío

Que desnudas y ensombreces a la
vez?

Apretada, oculta noche.

¡Oh vena, venas de mi sangre en la
esfera absoluta de los astros!

Me despierto a toda voz, dando gritos de llamada;

En tu espacio me despierto, con los ojos agolpados.

Mi corazón de entrañas y lamentos, como un haz de ensangrentadas cabelleras.

Cuan clara es la pupila, llega el mundo, ¿dónde estoy?

Y los mares de esta fuente, llegarán.

Los cuervos persistentes;

Entre muros, mi espesura.

Y te desmandas a merced, como el fuego, de estas órbitas:

A despecho entonces te hablaré en tu vientre de agitado corazón,

Con la lengua de mi altura,

En tu sexo sorprendido,

A mayores firmamentos con mi voz
de noche oscura.

Mas, a todo lo adelantas.

¡Oh Mía de mi cielo,
pusiste a prueba
tanto empeño en el calor de mis
sentidos!

¿Cuándo me abrirás presente las dul-
zuras tuyas llenas, de la tierra?

¿Cuándo el pecho?, ¡a deshora!, y me
detienes con el ímpetu del océano
sobre el párpado de mi desolada
desnudez.

El espacio de tu fuerza.

Mis ojos lentos brillarán del fragor
de las ciudades.

Por donde va mi grito, voy, ¿por a-
fuera de este mundo?

La boca densa,
aún llena de la muerte.
te.

En subidos aires salgo de mi aliento.

El jardín contiguo, en manos de las flores.

Y van pasos, desnudos pasos en mi alma;

Que te busque, toda mía,
amén persiga con las ansias consiguientes del desierto.

Ni la sed es cosa tanta.

Afuera en claro sestean los leones,
corre franca la pradera de los ciervos.

**De este poema se han tirado 350
ejemplares, numerados del 1 al 350.**

**Acabóse de imprimir el 30 de
Abril de 1940, en las prensas de la
Caja del Seguro.**

Ejemplar Nº 260

Copyright by Alfredo Gangolena.

Quito, 1940.

*Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.*

Es propiedad del autor.